

TE. 31. El redescubrimiento de antiguas diosas y seres afines.

Jean-Pierre Vernant, “*Oedipe*” sans complex, en, J.P. Vernant/P. Vidal-Naquet, *Oedipe et ses myths*, Ed. La découverte, 1986; Ed. Complexe 1988 et 2001, 9, sitúa la figura de Edipo no en el complejo que lleva el nombre de Edipo (buque insignia del psicoanálisis) sino en la teogonía oriental (como hacen los estudiosos de Hellas).

La historia del origen en cuestión comienza con el caos, el vacío que todo lo abarca y en el que todo se mueve y vive de forma desordenada u ordenada. Pero en algún momento (este término es mítico y se refiere sólo a un aspecto más de lo que ya se ha mencionado, - atemporal). Gaia, la madre que todo lo abarca y que “da a luz” (de nuevo un término mítico que significa “la razón de ser”) a todo lo que existe. Es firme (y, por tanto, predecible). Poco a poco fue estableciendo el orden dentro del caos primordial (mencionado anteriormente).

Nota: Ella genera seres y orden desde su propio ser. Sin, por ejemplo, Eros, es decir, sin unión sexual con una pareja masculina. Así, por ejemplo, con Oeranos, que es generado por ella sola. Oeranos no aparece en la razón de ser -como Eros- de todo lo que es. He aquí la teogonía oriental en su inicio absoluto, -refundada parcialmente por, por ejemplo, el poeta-pensador griego Hesíodo (-900/- 600).

A continuación, destacamos que nuestra antigua herencia cultural griega estaba lejos de desconocer a la diosa primordial o madre omnipotente. No nos detendremos aquí en las demás deidades femeninas y seres sagrados: ¿quién no ha oído hablar, por ejemplo, de Afrodita o de las musas?

El alcance de la fuerza vital divina.

Basta con mencionar los grandes títulos del índice de L. Graham, *Déeses*, Ed. Abbe-ville, Nueva York, París, Londres, 1997 (orig.: *Goddesses in art*, Nueva York, 1997) para conocer el enorme papel que las civilizaciones primordiales, en todo el planeta, experimentaron en sus vidas. Creación y construcción del universo (es decir, la armonía de los opuestos), deidad andrógina (la diosa que es al mismo tiempo dios), la madre de alguna tribu, la patrona de todo lo que es la maternidad, las diosas de los animales, de los campos, las flores y las plantas, del amor y la sexualidad, de la salud y la curación, de la guerra y la victoria, del conocimiento y la sabiduría.

Nota: las últimas catorce “funciones”, como enseñó Usener, muestran la contradicción básica, es decir, creación y destrucción. Así, las diosas enferman y curan.

El renacimiento.

Según Graham, entre otros escritores, fueron principalmente Maria Gimbutas, arqueóloga (con *The Goddesses and Gods of old Eurpe* (1974), y Merlin Stone, historiadora del arte (*When God was a woman* (1976)), quienes iniciaron el cambio de atención (hasta la veneración), aunque ambas obras están sujetas a reservas.

Ahora tenemos sólidos fundamentos para suponer que la Europa prehistórica dio un lugar dominante a la gran diosa, que fue suplantada por la posterior cultura masculina de los indoeuropeos.

El feminismo.

La primera intención de las feministas de los años setenta fue la emancipación de la mujer moderna en todos los ámbitos culturales. Pero con el tiempo el feminismo descubrió que en Oriente y en Occidente lo sagrado contenía deidades tanto femeninas como masculinas, - que el chamanismo femenino y masculino existía y sigue existiendo, - que los hombres de Occidente eran tanto mujeres como hombres, sacerdotisas y sacerdotes.

Una primera caracterización.

Según Graham, la arqueología, la mitología y la lingüística demuestran que las culturas que odian a las diosas tienden a la igualdad de derechos, al culto a la Madre Tierra (telurismo) y a la no violencia.

El punto negro de Occidente.

Las razones que llevaron a minimizar, incluso a erradicar, el aspecto femenino son complejas. Una de las razones más importantes es la destrucción, durante varios milenios, de las culturas de la diosa por parte de tribus indoeuropeas extremadamente agresivas que destruyeron las antiguas ciudades entre Grecia y la India antes de construir su propia cultura.

Estos pueblos salvajes adoraban a los dioses del cielo que atacaban (animismo primordial) incluso hasta un grado tan intenso que se pensaba que las deidades femeninas y lo que las acompaña estaban fuera de lo sagrado. Joseph Campbell lo llama "la inversión patriarcal". Según Graham (y muchos de sus colegas pensadores), la tradición bíblica desde los padres de la iglesia en adelante se sitúa en la misma masculinización de lo sagrado. Así, las mujeres siguen estando excluidas del sacerdocio en las iglesias cristianas (especialmente en la católica).

La Madre Tierra. - En todo el mundo se encuentran los restos de la creencia telúrica (o en griego: chtónica) en la madre tierra. C.J. Bleeker, *De moedergodin in de oudheid* (La diosa madre en la antigüedad), La Haya, 1960, dedica un capítulo al tema: Madre Tierra, o.c., 21/35.

Hablando de forma meticulosa (fluida), en su base se encuentra (lo que Bleeker llama) la constatación de que el hombre, si permanece conectado a la tierra, se nutre de una fuente misteriosa, quiero decir sagrada, que proporciona la fuerza vital y todo lo que depende de ella. Con Gerh. van der Leeuw llamamos a esto el aspecto dinámico del culto a la tierra, que todavía encontramos cuando el actual Papa Juan Pablo, al comienzo de una visita a un país, besa la tierra. Esto nos recuerda inmediatamente que en las novelas de F. Dostoyevski, los actores besan la tierra cuando quieren tratar situaciones especiales, como hacían los rusos de la época.

Hay entre el hombre, en la medida en que no vive una vida desacralizada, y la tierra como signo externo de una fuerza vital sagrada “un vínculo tan primario, irracional e indisoluble como el vínculo materno”. (o.c., 22). - Con la fuerza vital básica, el culto a la tierra también da sabiduría vital, por supuesto.

La tierra como inframundo.

La vida experimentada como divina (vegetal, animal, humana, invisible) “viene del inframundo” (o.c., 28). Al fin y al cabo, la tierra y su ser interior es la sede de la diosa de la tierra que controla el reino de los muertos dentro de la tierra e influye profundamente en la vida en su biotopo alrededor de nuestro planeta.

Así se entiende que la cultura controlada por la diosa, de orientación telúrica como era, consultara el oráculo de la tierra en sus múltiples formas. Así, Gea no sólo era la madre del universo, sino también la diosa de la tierra en la antigua Grecia que utilizaba el oráculo de Pitia en Delfos, que se sentaba en su trípode sagrado donde absorbía los vapores embriagadores y actuaba como medio de la diosa cuando se transportaba.

Ahora lo sabemos: la pitonisa de Delfos era consultada por la sociedad, desde la baja hasta la alta. - Como dice Bleeker, o.c.,28, en la mente de la diosa-oráculo reina otro orden que el de los hombres de la tierra, a saber, el orden demoníaco, que piensa y gobierna el bien y el mal, la salvación y la calamidad (en forma de éxito y fracaso) de forma diferente, es decir, según el destino divino, a veces incomprensible para los hombres terrenales como lenguaje, pero que rige la vida terrenal, que W.B. Christensen llama “armonía de los opuestos”.

La religión kumari

M.S. Boulanger, *Le regard de la Kumari (Le monde secret des enfants-dieux du Nepal)*, París, 2001, 196 ss., nos acerca a la verdadera naturaleza -como tipo de religión que es- de las religiones de las diosas.

En Nepal, la kumari, una chica virgen y muy joven, seleccionada según las normas típicas del tantra, es la mediadora de la energía vital femenina a través de la diosa Taleja Bhavani a disposición del rey hasta su primera menstruación.

La escritora, hacia el final de su libro, confiesa que con el tiempo empieza a comprender. Le explicamos brevemente cómo lo ve ella.

Los ojos de la muchacha sagrada son negros con hueco, los labios están pintados, los pies enrojecidos como los de los recién casados; su animal sagrado es el pavo real, símbolo típico de las cortesanas.

El kumari real, según Gerard Toffin, etnólogo y especialista en la cultura nepalí, es sometido primero a una serie de operaciones mágicas que se desconocen en parte, pero de las que una parte típica es la que sigue.

Los sumos sacerdotes lavan a la muchacha desnuda, para destruir lo que obstaculizaría su futuro papel, tras lo cual sigue un ritual que la convierte -sobre todo en su físico femenino- en un signo de la energía de diosa de Taleja Bhavani, que a su vez representa a Shiva: la veleta toca seis anga, partes del cuerpo, con un manojito de *Eragrotis cynosuroides kusa*, una planta limpiadora: los ojos, la vulva, el útero, el ombligo, los pechos y la garganta. A medida que avanza el ritual, el joven cuerpo adquiere el color rojo de los kumaris. El escritor se refiere a estos actos como transgresiones del orden establecido, principalmente en lo que respecta a la sexualidad. Por lo tanto, los hombres somos llamados karmacarya, sacerdotes impuros.

Pero aparentemente no cuestionan el orden establecido, sino todo lo contrario: a través de esos actos desvergonzados obtienen de Taleja Bhavani (y de Shiva) “la verdadera fuerza vital” (o.c., 199), registrada en mantras (es decir, fórmulas) que inducen a las poderosísimas diosas a hacer accesible shakti, la muy activa-eficiente energía femenina.

Por cierto, el escritor también ve estos excesos en las grandes dosis de alcohol y los alimentos no permitidos que los kumaris tienen que manejar en el curso de algunos ritos.

Aplicación regia.

“Gracias a la unificación (*nota*: a través del kumari) con la diosa, el rey reinante posee poderes sobrenaturales que necesita para gobernar”. (o.c., 198). El gobernante tiene inmediatamente a su disposición los mantras (fórmulas mágicas) relacionados con esta unificación, que literalmente “manipulan” la fuerza vital de la diosa (de modo que hay una especie de do ut des, yo doy para que tú des).

El tantrismo.

La teología tántrica interpreta lo sagrado como una pareja que se convierte en uno. Eso es el dios y la diosa (esta última como Shakti). La verdadera salvación consiste en una representación imitativa de estas deidades unificadas. En el que actúa un fuerte feminismo (oculto): el aspecto masculino es indiferenciado (confuso, desordenado) y pasivo; el femenino, Shakti, es formador de orden y activo, literalmente: proporciona una fuerza vital ordenadora.

La Sra. Boulanger, que ha buscado con gran dificultad comprender el fenómeno de las kumaris, concluye: “La kumari es, en efecto, la encarnación en una persona femenina del tantrismo, una energía creadora y destructora que rige el mundo. Una fuerza que hay que temer y venerar a la vez, - con su lado oscuro, sinónimo de desorden que amenaza incesantemente con destruir el mundo que da a luz”. (o.i., 197).

La devadasi.

Boulanger menciona, o.c., 209, el texto de un nepalí (Jagadish) sobre las niñas vírgenes (de uno a dieciséis años), C. Regmi Jagadish, *The Kumari of Kathmandu*, Heritage research, 1991, diciendo “El objetivo final de adorar a una joven virgen no está terminado, pero -parece- los adoradores tenían que tener relaciones sexuales con esas chicas después del culto”.

Boulanger añade: en la India, las devadasi, las prostitutas de los templos, eran famosas porque -por las mismas razones- provocaban el favor de los dioses a las castas altas que las utilizaban. Esto es paralelo a los kumaris: los brahmanes devotos los consideraban casi los parias y al mismo tiempo eran adorados como diosas, incluso por los reyes (o.c., 203).

Para concluir: la diosa primordial se expresa en una multitud de “funciones” (intervenciones de división de la energía en el universo), no sin énfasis también en la función de la prostitución sacrificial, que favorece a las diosas voluptuosas a través de las fronteras.

Nota Bertrand Hell, *Possession et chamanisme (Les maîtres du desordre)*, París, 1999, formula un axioma que rige el mundo del desorden, sobre el que reina la gran diosa con sus fuerzas vitales creadoras y destructoras: “Cuanto más salvajes son los espíritus (nota: activos en las religiones de posesión y chamanismo), más violentos, llenos de desorden, imprevisibles, mayor es su fuerza vital. (o.c., 193).

Pues bien, en las situaciones desviadas (y preferentemente muy graves) a las que se enfrenta el que posee o los chamanes, se trata de “agarrar y manejar las fuerzas del desorden” (o.c., 331).

En consecuencia, ambos tipos se desvían de las normas de la cultura establecida para restablecer el orden. De ahí la doble valoración: se les rechaza (por desviados); se busca su ayuda (por eficaces).

Así también en la religión de Dios como vemos en la interpretación religiosa de la devadasi y la teología de, por ejemplo, la kumari. Cuanto más peligroso, más útil.

En esto, las desviaciones sexuales juegan un papel aparentemente fundamental, como explica, por ejemplo, la obra de Hell, 189/193 (*Les connotations sexuelles*). Los espíritus voluptuosos quieren ser abordados como voluptuosos. Véase también Hell, o.c., 291/296 (de la soumission au mariage). Pero nota: para deshacer el desorden. No reforzar el desorden primario. Así, el infierno, con Bastide, menciona un mito en el que se recomienda la “unión con la madre tierra”.

Conclusión

Hasta aquí algunas perspectivas sobre un material abundante, - Shah-reskh Husain, *La grande déesse-mère (creation, fertilité et abondance: mythes et archétypes féminin)*, Köln, 2001 (orig. *The Goddess* (1997)), 156, dice: “En la India, en el siglo VII, los textos místicos tántricos comenzaron a difundir el concepto de shakti, es decir, la energía femenina en su forma brutal, la fuerza vital básica sin la cual los dioses (especialmente Shiva) no funcionarían. “Las mujeres son la deidad. Poseen el aliento de la vida”, dice un tántrico.

Tras siglos de culto indoeuropeo masculino, la diosa hizo valer su supremacía”. Esta teología femenina tántrica resurgió el siglo pasado, en los años 70, en nuestro Occidente moderno y posmoderno.